

bueno, que “ha supuesto una verdadera conmoción intelectual, quizá más seria que la del psicoanálisis” (p. 305).

Finalmente en el libro se recoge una selección de las publicaciones del autor. Alejandro Llano optó y arriesgó. Su obra es su legado para quienes lo conocen y lo tratan de cerca, para quienes estudian y trabajan a su lado, para sus discípulos, para quienes han bebido de su magisterio en universidades de España, Europa y América a lo largo de cuatro décadas y para quienes somos asiduos lectores de su obra.

Elena Arbués
Universidad de Navarra

Llano, A. (2008). *Olor a Yerba Seca*. Madrid: Encuentro.

Llano, A. (2010). *Segunda Navegación*. Madrid: Encuentro

Mujica Rivas, M. L. (2010).

El concepto de educación de San Agustín.

Pamplona: EUNSA, 318 pp

Presentar este libro es invitar a su lectura destacando toda la riqueza de una investigación científicamente valiosa y profunda sobre algunos aspectos de la obra de un autor por tantas razones admirable: como hombre sincero y valiente, como filósofo estudioso de los grandes problemas humanos, como teólogo en la búsqueda angustiosa de Dios –a quien veía como su causa y fin–, y como santo, pues logró, no sólo el encuentro con la Verdad a la que fue fiel hasta la muerte, sino que consiguió con entereza y dolor, con la ayuda de la gracia, imprimir en su alma apasionada e inquieta el orden en sus amores.

El trabajo que nos ocupa, al analizar algunos términos latinos de la lengua agustiniana vinculados con la pedagogía, nos permite comprender a fondo la importancia y el calado de la formación humana y cristiana, materializada con sucesivos grados de hondura, en los que las acciones de Dios, del maestro y del alumno, se unen para obtener “el desarrollo pleno del hombre” imposible de conseguir, “sin la restitución de la imagen de Dios (Amor) en él” (p. 295).

Al leer esta obra aprenderemos qué es para San Agustín convertirse y qué es educar, y cuál es la esencial relación entre ambos procesos. La autora afirma de una forma contundente que la conversión es un principio esencial para la interpretación de toda su obra. San Agustín estaba sediento de la Verdad, y se convirtió en buscador de la sabiduría y, al encontrarla, se hizo su maestro.

Toda conversión implica una idea de cambio, concebido como *metanoia*. Se pone así en marcha un movimiento ascendente hacia un grado más pleno de ser. Se trata también de un cambio de opinión capaz de generar un nuevo estilo de vida. La conversión abarca además un acto primero y un proceso posterior, integrado por experiencias cada vez más profundas.

Por otra parte, la autora señala que la conversión de San Agustín es intelectual y volitiva. En la conversión intelectual la persona descubre su propia realidad, la verdad de su propio ser delante de Dios. En la segunda, se produce el cambio de la voluntad del hombre mediante la aceptación de la voluntad de Dios. Así el querer del hombre se identifica con el divino. Hay, pues, una transformación interior de la voluntad, que no consiste en buscar y escoger otra cosa, sino en amar a quien merece ser amado, y en la medida que lo merece.

Nos encontramos, pues, ante el aspecto crucial de la educación: el *ordo amoris*. En ese orden lo primero es la caridad para con Dios, el Único que puede saciar el anhelo de felicidad del hombre. Viene después el amor a sí mismo que conduce a la interioridad, en la que el hombre se encuentra con su Creador. Todo ello desemboca en el amor al prójimo, que es lo primero que se ha de practicar. Y no olvidemos que el orden del amor es la virtud, un contenido fundamental de la educación agustiniana.

Al examinar los términos que emplea San Agustín para exponer sus ideas pedagógicas, la autora nos muestra cuál es su alcance dentro de la cultura latina a la que perteneció y del cristianismo que abrazó en su primera madurez. Por ello destaca que en la educación agustiniana hay una tensión entre la cultura latina y la cristiana: se nutre de la primera pero la eleva con la riqueza de la cristiana; va de la formación del sabio estoico, a la santidad del sabio cristiano. También alude a la tensión entre lo divino y lo humano, pues educar es al mismo tiempo una tarea humana y divina.

Los términos investigados –*educatio*, *disciplina*, *doctrina* y *formatio*–, permiten a la autora determinar diversos y sucesivos grados de formación que sólo se logran – hoy como ayer– con tiempo, esfuerzo, y con el auxilio de la gracia de Dios.

Educatio es un término referido al desarrollo de capacidades humanas, que se lleva a cabo sobre todo en la familia. La *disciplina*, en cambio, tiene como ámbito la Iglesia y la escuela. Está centrada, no en lo intelectual, sino en las virtudes. La *doctrina* es fundamentalmente la educación de carácter intelectual, referida a las ver-

dades. Es la investigación y enseñanza de los principios de la fe, pero incluye también la ciencia y la filosofía, estas últimas sometidas a crítica desde los principios de la fe.

Por último, la *formatio* consiste en una determinación entitativa del ser humano, pero que no es sustancial, sino accidental. Lo primero es propio de la creación, y por ello tiene un sentido ontológico. De ahí surge, por analogía, la formación que consiste en transformar algo conformándolo con su ser originario. La educación alcanza su dimensión más profunda y elevada en la *formatio*. La *educatio*, la *disciplina* y la *doctrina* se encaminan hacia ella.

En efecto, aquélla alcanza su meta cuando se logra esa modelación interior del educando, por medio del desarrollo de la capacidad de conocer a Dios, a sí mismo y a las criaturas, y de la capacidad de amar cada realidad según la jerarquía implícita en su ser. Así, como afirmamos más arriba, se desarrollan plenamente las capacidades personales, al plasmarse en el hombre la imagen de Dios, que es ante todo Amor.

El contenido de esta obra es valioso para el educador de hoy, no sólo porque atravesamos una época de la historia que tiene mucha semejanza con la que le tocó vivir a San Agustín, sino también porque su lucha personal contra las propias debilidades es un acicate para los hombres de todos los tiempos. Para que así sea, deben tener muy presente que la gracia que le permitió llegar a la santidad será concedida a todo aquel que, como él, la pida con humildad, confianza y perseverancia.

En un tiempo carente de modelos claros que sirvan de guía a la educación, San Agustín nos ayuda a reflexionar sobre su importancia, y en particular sobre el único modelo que permite alcanzar la auténtica y plena formación humana –y por tanto también religiosa–, que es Cristo, el Verbo encarnado.

María Teresa Palou de Olazábal
Universidad Nacional de San Juan (Argentina)